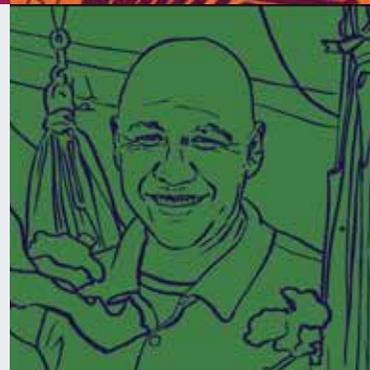




Crónicas
de un
legado



Comunitario

Crónicas
de un
legado
Comunitario

Crónicas de un Legado Comunitario

Edición No. 1

2020

Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Misión en Colombia

Cra. 14 No 93 B – 46

Conmutador: 639 7777

<http://www.oim.org.co>

Ana Durán-Salvatierra, Jefe de Misión

Gerard Gomez, Jefe de Misión Adjunto

Alessia Schiavon, Directora de Programas

Juan Manuel Luna, Coordinador del Programa de Reintegración y Prevención al Reclutamiento (RPR)

Autora

Ilse Borrero

Jorge Forero, Diseño e Ilustración

Katherine Sánchez, Asistente de Color

César Augusto Beltrán C., Diseño y Diagramación

©**Organización Internacional para las Migraciones (OIM), 2019**

ISBN: 978-958-5137-15-8

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada, en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de principal organización internacional para las migraciones, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para ayudar a encarar los desafíos que plantea la migración a nivel operativo; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

Las opiniones expresadas en las publicaciones de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) corresponden a los autores y no reflejan necesariamente las de la OIM. Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican, juicio alguno por parte de la OIM sobre la condición jurídica de ningún país, territorio, ciudad o zona citados, o de sus autoridades, ni respecto del trazado de sus fronteras o límites.

Quedan reservados todos los derechos. La presente publicación no podrá ser reproducida íntegra o parcialmente, ni archivada o transmitida por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado u otro), sin la autorización previa del editor.

PRESENTACIÓN



Contar estas historias fue la oportunidad para darle voz a las comunidades y resaltar el trabajo de las personas en los territorios. Cada una de estas crónicas, construidas con y para los hombres y mujeres comprometidos con el país, son el reflejo del empoderamiento de los líderes, lideresas y colectivos que han transformado sus entornos e imaginarios gracias al acompañamiento de la Agencia Colombiana para la Reincorporación y la Normalización (ARN) en el marco de su Modelo de Trabajo con Comunidades.

La Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) acompañan este esfuerzo del gobierno colombiano a través de la ARN, apoyando la apertura de espacios de fortalecimiento del tejido social y comunitario, la generación de emprendimiento y oportunidades, y la promoción de procesos de reconciliación en

las comunidades receptoras de excombatientes y en zonas con presencia de actores armados ilegales o actividades ilícitas.

Sabemos de la importancia de trabajar por el capital social comunitario, buscando el desarrollo sostenible y sustentable, la protección de los derechos humanos y la prevención del reclutamiento de niños, niñas y adolescentes, por ello ha sido significativo contribuir al camino emprendido por el Estado colombiano y la sociedad civil hacia la reconciliación.

Queremos agradecer el apoyo recibido desde los territorios a través de los equipos regionales de la ARN, USAID y la OIM, porque, junto a las comunidades, nos permitieron identificar y conocer la esencia de quienes son referentes de un legado comunitario. Estamos seguros de que existen muchas más historias por escribir, pero las crónicas que

presentaremos a continuación son un ejemplo de los resultados positivos del trabajo social comunitario apoyado por la institucionalidad y la cooperación internacional.

Este libro contiene once crónicas recogidas de sur a norte, en igual número de departamentos

de la geografía colombiana, y son narradas por sus protagonistas y sus testimonios. Será un recorrido maravilloso y esperanzador que esperamos estimados (as) lectores(as), emprendan con el corazón abierto y disfruten a plenitud a través de cada una de las siguientes páginas.

CONTENIDO

- 1 | UN PROYECTO DONDE EL **AGUA ES VIDA**
Y LA **ACUAPONÍA PAZ**
- 7 | **LA DANTA:** DONDE **LA PAZ SE TALLA** CON LAS
MANOS Y SE **PULE CON EL CORAZÓN**
- 13 | **JOSEFA EN SINTONÍA** CON LA COMUNIDAD
- 18 | DONDE **LA PAZ PISA FUERTE** Y LAS
OPORTUNIDADES SE RECREAN CON ALTURA
- 24 | DESDE EL **CORAZÓN DEL CAMPO** SE **NUTRE LA PAZ**
EN EL CESAR
- 29 | ALEXANDER Y SU **ÁNIMO INCANSABLE** DE
TRABAJAR **POR LOS DEMÁS**

34 | ALGECIRAS, **ENTRE LIBROS Y LETRAS**

39 | BLANCA Y SAÚL: **'EL DELIRIO'** POR SERVIR Y **'LAS DELICIAS'** DE APORTAR A LA COMUNIDAD

44 | ELISA: COMO **PARTERA TRAE LA VIDA**, COMO **GOBERNADORA GENERA IGUALDAD**

49 | **LA PAZ SALE EN ESCENA** DE LA MANO DE **PEQUEÑOS GRANDES ARTISTAS**

54 | SABIDURÍA ANCESTRAL, **REMEDIO CLAVE** PARA **SANAR HONDAS HERIDAS**



UN PROYECTO
DONDE **EL AGUA ES VIDA**
Y **LA ACUAPONÍA PAZ**



En la búsqueda de seguridad alimentaria para su familia y su comunidad, Jaime Chagüendo, desmovilizado de las autodefensas campesinas de Ortega, le apostó a la acuaponía. A través de un proyecto sostenible y solidario, hoy siembra paz y cultiva reconciliación en las montañas de su natal departamento del Cauca.



uego de conocer las entrañas del conflicto y de culminar su proceso de reintegración en el 2012, este payanés de 47 años recibió un pedazo de tierra en la vereda de Santa Bárbara, a las afueras de Popayán. Ese es el lugar donde hoy desarrolla su emprendimiento: una estrategia de reconciliación donde comparte su conocimiento con personas de su comunidad, entre ellos víctimas del conflicto y excombatientes, todos, campesinos y campesinas.

“Gracias a Dios se dio la oportunidad de adquirir este terreno, y nos vimos beneficiados con esta parcela, es un paraíso. En la misma zona estamos 15 familias desplazadas y 16 reintegradas y todas convivimos”, cuenta Jaime al ritmo de sus manos reseca por el contacto prolongado con el agua y la tierra, su mayor tesoro.

Su emprendimiento, al que llamó El Sendero, es un proyecto que ha construido desde cero gracias al apoyo que recibió en su proceso de reintegración, luego del interés que le nació tras realizar un curso de acuaponía, y, sobre todo, por su insaciable curiosidad y voluntad de aprender.

“Siempre me ha gustado lo natural y amigable con el medio ambiente y, como trabajo en jardinería, para dar mejor

resultado en mi trabajo me la pasaba buscando e investigando. Conocí esto de la acuaponía y me dio por investigar sobre equipos que me dieran ese resultado. Me puse a buscar en internet y encontré algunas páginas, pero eran en chino y en inglés. Yo no entendía, pero miraba vídeos y fotos y, como ya tenía algo de idea porque me gustaba ver muchos programas del agro, empecé a experimentar”, dice.

Con esa misma determinación con la que un día le apostó al camino de la reconciliación, y con la meta clara de propender por la seguridad alimentaria de su gente, se embarcó en la iniciativa ***“El milagro de los peces y las plantas”***, como parte del proceso de fortalecimiento del Modelo de Reintegración Comunitaria (MRC), y comenzó su camino de aprendizaje sobre este novedoso método de cultivos

Hoy su invernadero, que cuenta con un tanque de 91 metros cuadrados, tiene 105 peces tilapia roja, mejor conocidos como mojarras, y casi 400 plántulas ubicadas en pequeños orificios de tubos PVC, dispuestos cuidadosamente por él mismo y su esposa, y que llama camas, y otro tanto colgando de un método tubular hecho con bolsas negras que asemejan sacos de boxeo. En su huerta ya florecen lechugas en dos variedades, crespa y morada, otras hortalizas de ciclo

corto como tomates, apio, pimentón y fresas, y espera poder iniciar pronto la siembra de tubérculos como la zanahoria.

“Busco dar un paso más porque es mi sustento, el de mi familia y mi comunidad. Esta es la primera cosecha que vamos sacando en este sistema de circuito compacto. Todo lo adapté al medio de nosotros, con investigaciones propias que he venido haciendo, a lo ‘chibchombiano’, con tubería PVC, y adecuándolo para darle forma y poder”, asegura.

Este invernadero es el reflejo del poder de la transformación y de la solidaridad, pero, además, la prueba de que con convicción y disciplina es posible renacer y construir país. Su experiencia es prueba de ello. Jaime aprovechó un espacio pequeño y lo convirtió en un sistema productivo y sostenible que beneficia, por igual, a víctimas

y personas desmovilizadas del conflicto. Además, no solo se esmera por aprender, sino, así mismo, por enseñar y compartir conocimiento para que los demás también puedan sembrar y generar ingresos. Por eso, las puertas de su finca están abiertas para vecinos, estudiantes, cultivadores y cualquier miembro de la comunidad que quiera conocer su técnica y experiencia.

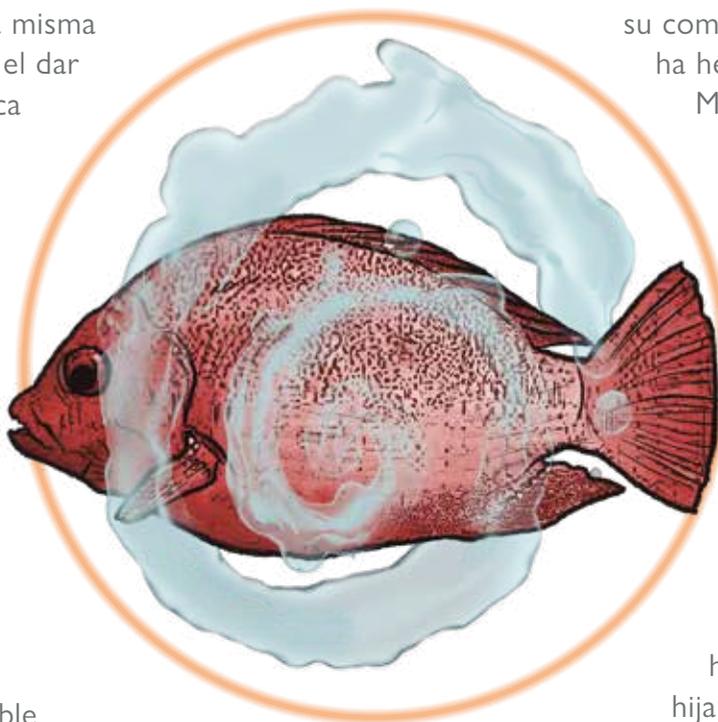
“Desde que salí del proceso de reintegración me dediqué al trabajo social y me di cuenta que la gente necesita una buena alimentación o fuente de sustento. Sabemos que los que han salido para reintegración siempre han tenido contacto con la tierra, entonces tenemos que brindarles esas oportunidades, hacerles ver que vale la pena y que hay tecnologías y sistemas que se pueden adaptar al campo. Me gusta transmitir el conocimiento porque uno se muere y nada se va a llevar. Esa será mi mayor

satisfacción: saber que la gente conozca e implemente en sus casas las huertas. Por eso, a mí no me queda complicado que venga aquí un reintegrado de un lado o de otro, finalmente, todos somos humanos y hemos cometido un error”, concluye Jaime.

De su vocación de servicio e de su interés por enseñar a los demás lo que conoce da testimonio Judith Sánchez, vecina de Jaime, quien asegura que ***“toda la información que él ha aprendido es para compartirla y lo mejor es eso, que no se queda con lo que aprende sino que la transmite y lo comparte con los demás. Ahora mismo le hace también un acompañamiento al Bienestar Familiar y le enseña a niños”***. Con esto, además de ser una fuente de inspiración para su comunidad, también garantiza que este conocimiento se conserve a través de las generaciones y llegue a quienes, al igual que él, ven en la ruralidad una oportunidad para el futuro.

Justamente con esa misma filosofía, basada en el dar y transferir, en busca de un equilibrio donde todo sea una ganancia, funciona el sistema NFT por sus siglas en inglés (Nutrient Film Technique), de cultivos acuapónicos que implementa Jaime. Un sistema recirculante para la producción sostenible de plantas y peces, que combina la acuicultura tradicional con el cultivo de plantas en agua. Los nutrientes que producen los peces pasan a alimentar a las plántulas que los absorben y con su raíz hacen un filtro natural que entrega nuevamente el agua apta para los peces.

Para él, en este sistema **“todo se aprovecha. El agua no se bota, es un circuito cerrado.**



Es un sistema familiar que lo puede manejar desde un niño de 10 años hasta personas de la tercera edad. No es lo mismo que la hidroponía, este sistema es más limpio y más equilibrado, hay muchos más microorganismos y mucha más vida”.

Pero Jaime no solo ha transferido su conocimiento a los distintos miembros de

su comunidad, también lo ha hecho con su esposa Mónica quien lo acompaña desde hace 27 años, con quien tuvo su única hija, y quien afirma que “todo el cambio de vida de él es por ella, esa es su adoración, ella cuando puede viene y lo acompaña y dice admiro a mi papá por todo lo que está haciendo”. A Jaime, su hija, lo llena de felicidad y ratifica que tomar un nuevo rumbo, lejos de la violencia del conflicto ha sido su mejor decisión, especialmente al ver que ella sigue los pasos de ese nuevo camino, ese que él transita desde que dejó las armas, y que hoy le permiten verla prepararse en el SENA en agrotecnología.

Jaime Chagüendo hizo parte de las filas del Ejército Nacional. Ahí, conoció el trabajo social a través del

programa Fe en Colombia y, más tarde terminó en un grupo de autodefensas campesinas, experiencias que lo llevaron a conocer de cerca la guerra.

“Si no hubiese conocido lo social, no estaría abierto a esto. El haber estado en los zapatos del otro y haber conocido los problemas del otro...ver por ahí una casita con cuatro o cinco niños sucios, mal nutridos y unos cultivos que no les rinden, eso es lo que me mueve a mí para ayudarlos y poderles brindar de eso que yo sé. Por eso acoger a la gente para mí es agradable, que me digan que quieren aprender, que la gente quiera una vida digna, poderlos ayudar y transmitirles el conocimiento”.

Pero sus ganas de ayudar no se detienen ahí. Por eso, con el propósito de consolidar la seguridad alimentaria y la reconciliación en su tierra, Jaime decidió liderar una

cooperativa con 25 asociados a los que planea asesorar en sus proyectos productivos y guiarlos en torno a la economía solidaria. *“La idea es seguir creciendo y lanzarnos con El Sendero como una empresa como tal. El proyecto es formar acá una granja integral, de manera que sea un centro de capacitación y de investigación”*, afirma Chagüendo con convicción.

Quizás el camino por recorrer no será fácil, pero Jaime tiene la certeza de que va por la ruta correcta. Finalmente ya tiene un sendero andado y sabe que la vía de la reconciliación, no tiene pierde.





**LA DANTA: DONDE LA PAZ SE
TALLA CON LAS MANOS Y SE
PULE CON EL CORAZÓN**



En el corregimiento de La Danta, en el Magdalena Medio antioqueño, la Escuela de Artesanos del Mármol enseña que la reconciliación y la convivencia pacífica son la materia prima para esculpir la paz. Ahí, víctimas del conflicto armado, comunidad y excombatientes como Ernesto Mogrovejo, hoy maestro artesano, hacen de esta roca su proyecto productivo y el cimiento de una nueva vida tallada a pulso.



El ruido de los motores de las máquinas de escultura es el recuerdo constante de que algo se está puliendo en este lugar. Entre las cinco estaciones de trabajo dispuestas alrededor de la Escuela de Artesanos del Mármol, y el polvo blanco y denso que se levanta por todo el taller, aparece la sonrisa de don Ernesto, un monteriano que hace 20 años vive en esta región del departamento de Antioquia y es maestro de jóvenes y adultos que quieren aprender el oficio y mantener la tradición de la talla artesanal de la piedra de mármol.

“La mayoría lo aprendí solo. Lo primero que hice fue una tortuguita porta lapicero y me gustó. Uno en esto nunca termina de aprender, cada día va aprendiendo cosas diferentes y perfeccionando. Lo que más trabajamos aquí son los animales como los gatos, elefantes, tigres, dantas e hipopótamos. Muchas veces vamos a internet, miramos los modelos y hacemos los moldecitos en un papel o cartón. Después los dibujamos en la piedra y con el esmeril le vamos cortando y dando la forma. Ya después uno los lija, les pasa el pulidor, y tres clases de lija, hasta que queden así brillanticos”, explica don Ernesto mientras sostiene con sus manos empolvadas la figura de una tortuga reluciente.

Y aunque la explicación que da este maestro artesano de cómo se transforma el mármol en escultura pareciera fácil, lo cierto es que no lo es, como tampoco lo ha sido su vida. Don Ernesto salió de su natal Montería a trabajar y rebuscarse el sustento a los 14 años. Consiguió un empleo en las bananeras de Turbo y Apartadó, construyó torres eléctricas en Cartagena y La Guajira y fue obrero de construcción.

A las calurosas tierras antioqueñas de La Danta llegó hace ya casi dos décadas, en medio del conflicto armado, a realizar oficios en el mantenimiento de fincas. En una de las haciendas que cuidaba conoció y se enamoró de Dolly, su esposa, víctima del desplazamiento forzado en varias ocasiones, y madre de Geraldine, su hija de 14 años. Cansado de los abusos de la guerrilla de las FARC que operaba en la región por esos días, don Ernesto decidió cargar las armas y se enlistó en las filas del Bloque Magdalena Medio de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

“Mi mujer vivía a unas seis horas de aquí a pie, en Santa Rosa, y como había mucha guerrilla, le tocó desplazarse como tres o cuatro veces. Entraban cada rato, el pueblo estaba azotado, no había presencia del gobierno por ningún lado. Y ya uno viendo

que no había protección, tomamos la decisión de entrar en las AUC". Sin embargo, esta decisión no duró más de 150 días, pues cinco meses después de estar patrullando, tuvo un accidente.

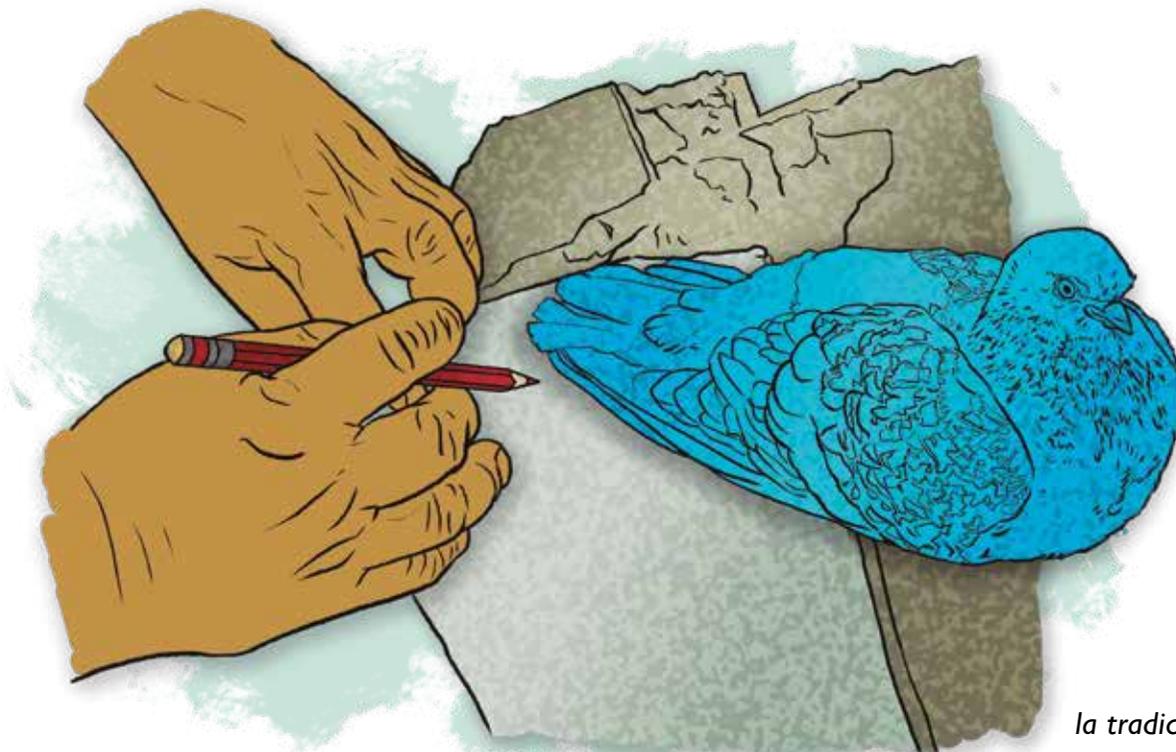
Una tarde de diciembre de 2015, en las montañas antioqueñas, don Ernesto

pisó una mina antipersona y el horror de la guerra le estalló a sus pies. Perdió su pie izquierdo y, por la demora en recibir atención médica adecuada, tuvieron que amputarle la pierna por encima de su rodilla. Hoy lleva una prótesis que le permite andar por la escuela taller y

moverse de mesa en mesa enseñando a su comunidad, tanto a adultos como jóvenes, el arte de tallar el mármol mientras transmite mensajes para aprender a perdonar, levantarse, y avanzar en medio de las adversidades.

Como parte de su proceso de reintegración a la vida civil, y en el marco del Modelo de Reintegración Comunitaria (MRC) que se implementó en esta zona, don Ernesto y otros excombatientes tuvieron la oportunidad de trabajar la guadua y el mármol como





proyectos productivos, en un ejercicio de convivencia y de reconstrucción del tejido social. Así se le dio forma a la Escuela de Artesanos del Mármol de La Danta que, en su etapa de fortalecimiento, estrenó con orgullo una dotación de maquinaria para el funcionamiento de un taller en el que hoy convergen comunidad, desmovilizados y víctimas del conflicto armado

dispuestos a esculpir un futuro cristalino como la piedra que transforman cada día.

“Hay cosas que en el pasado me dieron duro, pero ahora ya estoy enfocado y pienso seguir adelante en lo que me gusta. Ya le cogí amor a este oficio y sé que es un proyecto productivo impresionante, que tiene futuro. La idea es enseñar para no dejar perder

la tradición y que todo el mundo sepa que somos los únicos que trabajamos artesanalmente el mármol. Cuando vean el producto de mármol reconozcan nuestro trabajo como una marca de La Danta, así como lo hacen con el sombrero vultiao”, afirma don Ernesto con orgullo y con la convicción de que el valor de este arte se consolida con su identidad.

No es solo el sueño de don Ernesto, sino el de toda la

comunidad. Los pobladores del corregimiento de La Danta sueñan con que en el futuro sus productos sean reconocidos con una denominación de origen y puedan registrar su marca. Una meta en la que trabajan de la mano con Artesanías de Colombia, empresa que les brinda asesoramiento técnico en diseño y emprendimiento para la mejor comercialización y diversificación de sus productos en mármol.

“La idea es que nos sigan conociendo. Nuestro objetivo es contar una historia a partir del arte y de una materia prima y dar a conocer al país que esto no es solo un territorio donde hubo violencia y guerra, es mucho más. Aquí todos los

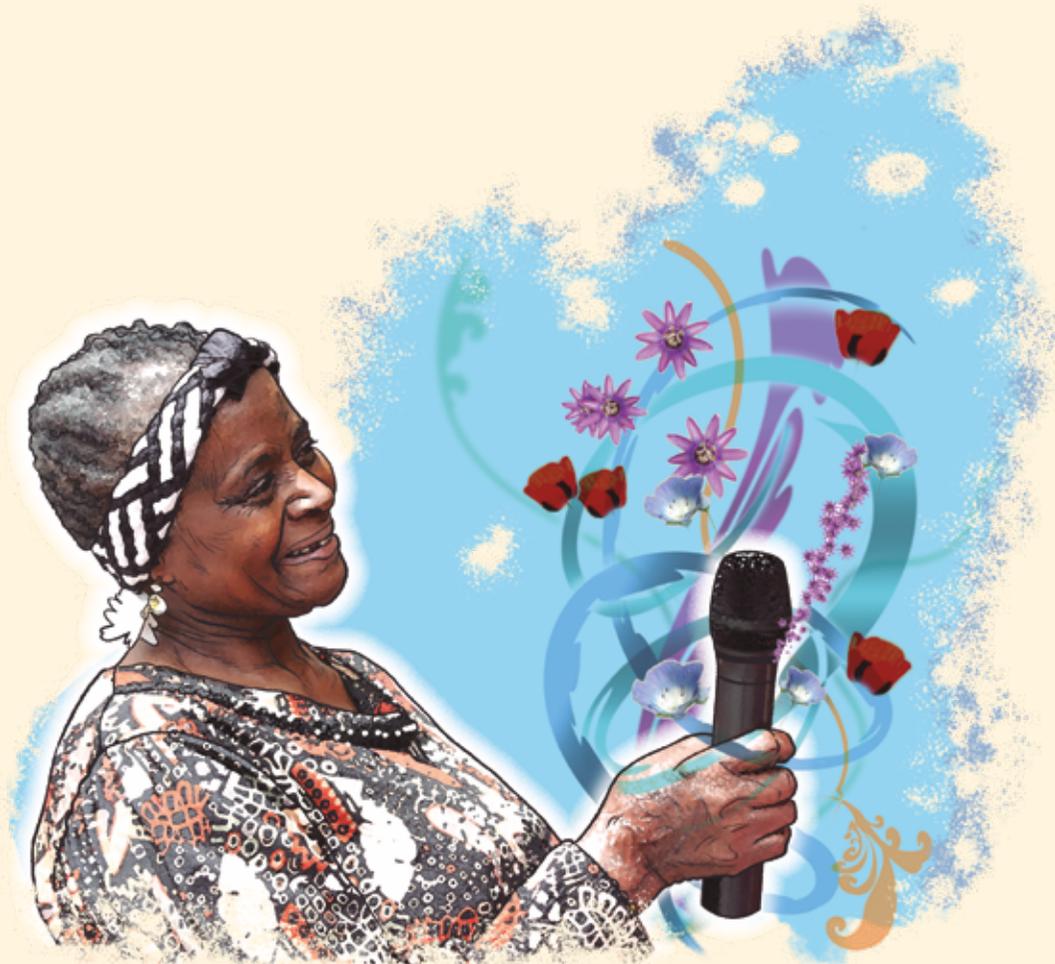
actores del conflicto convergen y, de la mano y con una sonrisa, damos a entender a otros grupos que se puede apostar a una verdadera vinculación laboral y a un ejercicio de no repetición a través de las piezas artesanales”, señala Ovidio Holguín, maestro artesano y fundador de la Escuela Taller de La Danta.

Según el Diccionario de la Real Academia Española (2019), el mármol se define como una ***“piedra caliza metamórfica de textura compacta y cristalina [...]”***. Así mismo se describiría el proceso que vive esta comunidad, quienes han dado un salto a la reconciliación y buscan evolucionar y cristalizarse en la consolidación de la

paz, mediante el desarrollo comunitario y la capacitación y formación para el trabajo desde la legalidad.

Don Ernesto, los otros líderes, maestros y estudiantes de la Escuela de Artesanos, y demás miembros de la comunidad de La Danta, son el testimonio de que no existe una marca, por profunda que sea, que no se pueda lijar y limar con esperanza y determinación. Son ejemplo, además, de que aquellas manos que alguna vez se emplearon para empuñar armas, hoy se pueden utilizar para hacer arte y generar convivencia e inclusión.

No cabe duda de que aquí la paz se está puliendo bien y ya muestra un destellante brillo.



JOSEFA EN SINTONÍA

CON LA COMUNIDAD



Así como suena el rap en las radios encendidas del barrio, también suena por los pasillos y aulas del Colegio Distrital Almirante Padilla, ubicado en la localidad de Usme en Bogotá, la voz de María Josefa Brand Asprilla. Esta mujer chocoana de 60 años, líder del proyecto de la emisora estudiantil, se ha convertido, con y sin micrófono, en fuente de luz y alegría para los miembros de esta comunidad.

L

a iniciativa Reintegración Almirante Padilla (RAP), de la cual forma parte desde 2018, sembró en la vida de doña Josefa y en la de sus coequiperos, en su mayoría jóvenes, un nuevo sueño: ejercer el periodismo comunitario. Atrás quedaron los dolorosos recuerdos de sus días en Quibdó, capital del departamento del Chocó. Ahora recorre las calles de la localidad de Usme en búsqueda de esas historias que merecen ser contadas, pero que han sido guardadas en las profundidades del alma de sus protagonistas. Encontrarlas se ha convertido en su pasión, y el periodismo en su profesión.

“Yo quiero hacer muchas crónicas y ayudar a las personas a contar, a hablar sobre cosas que han pasado y que callan. De este proyecto lo que más me gusta es interesarnos por lo que pasa en nuestro entorno, que la gente sepa que existen otros, que nos preocupamos por ellos, que sepan que hay alguien que puede divulgar eso y que lo puede decir y así poder ayudar a los otros a que se concienticen de todas las situaciones, que hay un camino que seguir y hay que luchar por esos ideales”, afirma segura y con la mirada brillante.

Doña Josefa aprendió el sonido

del silencio muy temprano. La crudeza de la vida, la escasez de oportunidades, enfrentarse al trabajo y abuso infantil, las amenazas de grupos armados y haber crecido en un entorno de violencia e indiferencia le enseñaron desde pequeña que, para sobrevivir, a veces era mejor callar y sofocar su voz.

“Yo no me acuerdo, pero mi mamá dice que, cuando yo era pequeña, un día le dije papá a mi padrastro y él ahí mismo gritó: «cállese no me diga papá que yo no soy su papá». Desde entonces, no le volví a decir papá, lo llamaba tío Pacho y la gente siempre decía: ¡ay! tan raro su mamá casada con su tío”, cuenta doña Josefa mientras suelta una risotada. Desde ese momento el silencio se convirtió en su aliado, quien la acompañó en los años de abusos físicos y sexuales, que hoy recuerda pero que no opacan la sonoridad de sus cuerdas vocales.

Pero doña Josefa ya no tiene miedo a hablar. Por eso, cuando en el Colegio Distrital Almirante Padilla, de donde se graduó como mejor bachiller, estudiando en la jornada de los fines de semana, le dijeron que había un proyecto para crear una emisora estudiantil como ejercicio



de fortalecimiento del Modelo de Reintegración Comunitaria (MRC), no dudó un minuto en participar y alzar su voz. ***“La idea es que la emisora sea comunitaria y poder tejer una red con los demás colegios. Ahora estamos enfocando todo en este colegio, pero la idea es abrirla hacia la comunidad”.***

Aquí, a doña Josefa la siguen, la abrazan y ahora, gracias a esta nueva iniciativa, la escuchan. Juan Andrés, un joven de 19 años que sueña con ser cantante, hoy comparte y aprende al lado de ella sobre periodismo comunitario. Él está convencido que la llegada de esta súper abuela al equipo ha sido la mejor noticia:

“Doña Josefa nos ha contado de su vida y gracias a eso tomamos conciencia de que debemos ayudar a personas que, como ella, han sufrido, pero aun así tienen un corazón grande y un amor tan infinito.



Hay muchas personas en este país que merecen que nosotros los ayudemos, todos merecemos una segunda oportunidad, por eso aquí la hemos recibido con tanto cariño”.

A la historia de doña Josefa la acompaña el luto. A los 16 años, después de incontables abusos, descubrió algo que no podía ocultar: estaba embarazada. El bebé que esperaba era de un hombre mucho mayor que ella y con una familia ya constituida que la amenazó de muerte. A los dos meses de nacida, su hija murió mientras ella se recuperaba de una eclampsia

en un hospital de Quibdó. Esta huella, aunque aún le quiebra su voz, le da fuerza para seguir siendo una mujer guerrera, que ama a los niños a quienes consiente como si fueran propios.

Tras este episodio, llegó a Bogotá en 1978 a la casa de una prima. Sin embargo, las circunstancias la obligaron a cargar con el flagelo de esa violencia que va más allá de las balas que se escuchan en las noticias sobre su tierra natal, y tuvo que huir de nuevo. Más tarde llegó al hogar de una pareja de estadounidenses donde trabajó y, en sus ratos libres pudo estudiar. Hizo cursos de modistería, culinaria, dulcería y chocolatería. Fue una oportunidad para potenciar sus talentos, pero, sobre todo, descubrió lo que la formación lograba en la gente: abrir oportunidades.

Luego, se vinculó a una conocida cadena de pollos asados y trabajó durante 23 años explotando al máximo

sus habilidades para la preparación de alimentos, hasta que una enfermedad la obligó a pensionarse.

Doña Josefa enfrentó un cáncer de seno en ambas mamas, cirugías, quimioterapias y una tromboflebitis en sus piernas, que hoy la obliga a caminar apoyada en un bastón. Su largo y pesado silencio, autoinfligido desde niña, y el intenso dolor por el suicidio de su hijo mayor, también le cobraron cuentas a su salud mental y fue diagnosticada con ansiedad y depresión.

Sin embargo, ni eso ha podido quitarle el dinamismo a sus días. Los fines de semana vende frutas, dulces y salpicón a los alumnos y profesores del Colegio Almirante Padilla, en donde sigue endulzando, a punta de ternura y tesón, a toda una comunidad que hoy trabaja por la reconciliación, la convivencia y la paz. **“A mí me gusta mucho que la gente se mantenga unida y sin tanto conflicto. Yo sufrí mucho porque me mantenían**

cohibida y acosada, entonces siempre he anhelado la paz y la tranquilidad”, afirma doña Josefa con orgullo porque es consciente que la emisora es la oportunidad para fortalecer los valores de su comunidad.

A sus 60 años, doña Josefa decidió no callarse nunca más, contar su historia y animar a otros a que, a través de esta iniciativa comunitaria, sigan adelante y digan lo que tengan por decir. **“Soy sobreviviente. Mi fuerza y mi ánimo vienen de Dios. Caigo, me entristezco, pero me vuelvo a levantar con el dolor, pues el dolor me fortalece”**.

Esta mujer, ejemplo puro de resiliencia y capacidad de perdón, aprende por voluntad propia a matizar su voz, esta vez para alistarse a proyectarla libremente a través de la radio. Sus manos se aferran al micrófono, mientras sus 19 compañeros, de los cuales cuatro son personas en proceso de reintegración, la rodean ubicando los equipos en la mesa donde las historias están a punto de retumbar.

La locación se llena de vida, no solo por la energía que doña Josefa plasma con su presencia, sino también por el trabajo articulado que excombatientes y comunidad dejan en cada minuto donde se preparan para continuar aprendiendo el arte de las letras hechas noticias. Todos son parte de un escenario que se encierra en espuma para cerrar el sonido que están a punto de emitir. Todos ellos, se preparan, estudian y se emocionan, porque juntos sueñan con el día en que la luz se encienda y se lean las palabras: AL AIRE.

Que se callen los miedos, que suenen las voces, que se escuchen las risas y se celebre la vida, esa es la lección de una iniciativa, que en una localidad que ha vivido por décadas la violencia, cuenta una nueva historia a través de los micrófonos en los que ahora, ¡ellos son los protagonistas!

DONDE LA PAZ
PISA FUERTE Y
LAS OPORTUNIDADES
SE RECREAN
CON ALTURA





En las laberínticas calles de las comunas de Tumaco, catalogadas como una de las regiones más inseguras y vulnerables del país, la convivencia pacífica avanza a pasos agigantados. Allí, el teatro y el arte se han convertido en el mejor escenario para que niños, niñas y adolescentes se eleven por encima de sus dificultades y tomen distancia de la amenaza de una vida delictiva o del posible reclutamiento por parte de los grupos al margen de la ley que operan en la llamada Perla del Pacífico.



Sonrisas? ¡Listas!; ¿actitud? ¡Al 100%!; ¿Zancos? ¡En su punto! Esta colorida escena se repite una y otra vez por las calles de Tumaco. Los y las jóvenes comienzan a elevarse con unos trajes que, si no estuvieran acompañados por estructuras metálicas y de madera, harían que pareciesen cometas volando en el cielo. Un cielo lleno de “**estrellas**” que, con su talento, embelesan a los transeúntes de la tierra del Morro, un paraíso que desde la playa se convierte en una ventana hacia el mar.

El mismo lugar donde todos los años se escucha el canto de las ballenas jorobadas, es también la casa de Kevin Esneider Montaño, un joven de 18 años que encontró en los zancos la forma de darle altura a sus sueños.

“Se siente algo bonito y divertido, se mira todo diferente, porque uno está aquí abajo normal y tiene una visión limitada del panorama, pero en zancos, usted ya queda a distancia y todo lo que puede hacer ahí es fantástico. Arriba todo es distinto y todo adquiere otro valor”, asegura Esneider mientras deja escapar una gran sonrisa.

Desde hace más de cuatro años forma parte del grupo artístico Calypso, que, con su iniciativa Teatro al Barrio para la

Convivencia Pacífica, genera entornos de prevención y protección y ofrece una alternativa sana de aprovechamiento del tiempo libre a los menores en este puerto nariñense.

Eso lo sabe bien Gustavo Cabezas, zanquero, instructor y líder de esta estrategia de prevención de base comunitaria. **“Sabemos que el arte es una herramienta potente para transformar realidades y sobre todo para temas de prevención y de brindarle otras opciones a los pelados. El zanco ha sido nuestra herramienta principal en los últimos años, cuando la violencia ha recrudecido más”**.

Antes de entrar a formar parte de esta iniciativa de prevención y protección, Esneider quien creció en las polvorientas calles del barrio 11 de noviembre, en el corazón de la comuna 5 de Tumaco, era un chico de pocos amigos, al que le costaba socializar. Actualmente es maestro y le enseña a un grupo de niños y niñas a andar en zancos, hacer presentaciones en distintos escenarios y celebrar carnavales, desfiles y hasta el cumpleaños de Tumaco.

“Estoy muy agradecido con los profesores porque gracias a ellos aprendí este arte y he tenido muchas recompensas. También el reconocimiento, porque ya saben que uno es



zanquero y nos invitan a presentaciones. Me siento muy bien enseñando y que me digan Profe, porque pasé de aprender a dar a otras personas el poco conocimiento que obtuve. Soy feliz porque recuerdo cuando yo también estaba aprendiendo y es maravilloso”, recuerda con gran alegría.

La iniciativa de Teatro al Barrio para la Convivencia Pacífica beneficia a 150 menores en edades entre los 10 a los 18 años, y, en sus puestas en escena abordan temas cuyo principal objetivo es dejar un

mensaje positivo a la comunidad. Por ejemplo, la obra Barrio limpio empieza con una invitación al cuidado y manejo responsable de los residuos en sus calles y termina en una jornada comunal de recolección de basuras. Allí, Esneider, encaramado en sus zancos de más de un metro de altura, personifica al señor traperero.

“El mensaje para la comunidad es que el mejor barrio no es el que más se limpia, sino el que menos se ensucia. Me gusta mucho porque si uno, así por así, intenta concientizar

a las personas diciéndoles ¡ey no arrojen basuras!, poco creo que nos vayan a hacer caso. En cambio con esta obra la gente como que se da cuenta de lo que está haciendo mal, de que ellos son como los personajes enemigos de la limpieza: Sucio y Mugroso.”, dice este joven tumaqueño que sueña con estudiar contaduría o administración de empresas.

Como parte del fortalecimiento a esta iniciativa, los líderes, instructores y jóvenes están enfocados ahora



en darle vida a la Carpa Teatro, un lugar que busca congregar a las cerca de 25 expresiones artísticas que hay en Tumaco alrededor de un escenario adecuado para sus presentaciones. Un sueño que cada día se ve más cercano gracias al apoyo de la comunidad y de la dotación que recibieron de buena parte de la silletería y el sistema de sonido.

“Nuestro sueño es tener este espacio, una carpa con capacidad para 300 personas, con tarima, aire acondicionado, luces y buen sonido donde podamos agrupar a todas esas organizaciones artísticas y armar una parrilla anual que sea autosostenible. Nos están ayudando, además, a montar una plataforma de donación para que la gente pueda aportar y nos ayude a conseguir la carpa y beneficiar así a todos los artistas de Tumaco”, explica animado el profesor Gustavo Cabezas, alma y corazón de esta iniciativa.



Saben que conseguir recursos y encontrar el espacio físico para ubicar la carpa no será tarea fácil. Sin embargo, estos jóvenes teatreros y sus profesores no pierden la esperanza. Por el contrario, saben que ningún papel les quedará grande y están más que preparados para alcanzar esa meta, siguiendo la misma dinámica que aplican en el dominio de los zancos: para aprender a levantarse, primero hay que aprender a caerse. Por eso saben que rendirse no es una opción.

Ellos mantienen su ánimo arriba para seguir avanzando con su iniciativa de Teatro

al Barrio y, sobre todo, para alcanzar su objetivo de pisar primero que los grupos armados o las bandas organizadas. Solo así lograrán guiar en el camino y en el proyecto de vida a cientos de niños, niñas, adolescentes y jóvenes de los barrios vulnerables de Tumaco.

“Si ellos están aprendiendo zancos o teatro dejan de estar en la calle donde los pueden incitar a hacer algo que de pronto no quieran, obligarlos a robar o cualquier otro delito que los perjudicaría en el futuro”, afirma Esneider mientras se amarra los zancos en la puerta de su casa ante

la mirada asombrada de sus pequeños vecinos.

Se levanta sobre sus zancos y a casi tres metros de altura luce gigante, imponente. Salta, levanta una pierna, da media vuelta, avanza y sonrío. Solo entonces se hace evidente que por más de que esté en las nubes, este joven artista de teatro callejero ya está muy lejos de perder su rumbo. Gracias a esta estrategia social y al arte, ya tomó distancia de los riesgos y amenazas que los rodea, y ahora sus anhelos de seguir creciendo y enseñar lo que ha aprendido lo hacen parecer una cometa en el cielo.



DESDE EL **CORAZÓN DEL**
CAMPO SE **NUTRE LA PAZ** EN
EL CESAR



En los senderos montañosos de San José de Oriente, corregimiento del municipio de La Paz en el departamento del Cesar, un mercado campesino alimenta la esperanza de una comunidad golpeada por el conflicto armado, que hoy es territorio abonado para la reconciliación. Liderado por un excombatiente de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), miembros de su familia y una cooperativa integrada en su mayoría por mujeres, este proyecto productivo reescribe la historia de esta población que ya saborea el dulce sabor del trabajo en equipo y la sana convivencia.



El clima fresco que baja de la Serranía del Perijá y el arrullo de las aguas del río Chiriamo son las señales para quien llega a San José de Oriente, de que se está pisando tierra fértil. Eso lo reafirma el líder de esta iniciativa de desarrollo local, Esneider Ardila, quien recibe a los visitantes ofreciéndoles un mango grande y rojizo que saca de entre las muchas frutas y hortalizas que se exhiben en los puestos del mercado campesino que él y su comunidad crearon para poder ayudar a los cultivadores de la zona a comercializar sus productos y generar ingresos.

“La gente trae sus productos y nosotros se los vendemos. Buscamos ser un puente para erradicar la cuestión del intermediario y que sea el productor el que se quede con la plata. Aquí contamos con todos los pisos térmicos, desde cálido hasta páramo. Se da café, maíz, cilantro, cacao, plátano y guineo, se da de todo. Yo en un tiempo cultivé alimentos, pero ahora lo que cultivo es reconciliación”, asegura este líder con orgullo.

Le sobran motivos, pues así de variada como es la lista de productos que crecen en esta región, es la población que se concentra en su municipio, donde actualmente conviven desmovilizados de las AUC, víctimas del conflicto armado, comunidad en general y los excombatientes de las FARC que ocupan

el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) de Tierra Grata. En el mercado campesino hay espacio para todos. Así lo señala Maribel Hernández, esposa de Esneider y madre de Moisés su único hijo, *“ha sido una experiencia muy linda, hemos aprendido de convivencia y a relacionarnos para vivir en sociedad, comenzamos a crear lazos de amistad con personas con las que no nos habíamos relacionado antes”*.

A los 23 años, aún sin terminar su bachillerato, y cansado de la violencia que azotaba a su pueblo por los continuos ataques de la guerrilla y la falta de oportunidades de capacitación y trabajo, Esneider se unió al Bloque Mártires del Perijá de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Durante dos años fue el encargado de los temas financieros. Una decisión y un periodo de su vida que lamenta todos los días, pero que le sirvió para ahora, luego de culminar su proceso de reintegración, hablar con propiedad de la inutilidad de la guerra, promover el perdón y sembrar la convivencia pacífica.

“Eso se va arreglando como un rompecabezas. Esta pieza calza aquí, esta otra aquí, y cuando se va a ver, está armado. Aquí están todos los actores del conflicto y se vive en comunidad. Ese es el rompecabezas de la

reintegración, la resocialización y la reconciliación, una palabra que tiene un significado hermoso: volver a tener el mismo afecto por aquellos o por aquello que un día se perdió”.

Él encontró ese afecto en el servicio a la comunidad. En el marco del Modelo de Reintegración Comunitaria (MRC) y de la mano de su esposa, su hermana, cuñado, sobrino y otros vecinos, en su mayoría mujeres cabezas de hogar, madres comunitarias y víctimas del conflicto, dieron vida a la Cooperativa Multiactiva San José Oriente de Paz. Una iniciativa que beneficia a 24 personas y cuyo lema él mismo inventó: *“compra agricultura, consume paz”.*

“Mi proyección a corto y mediano plazo es hacer crecer más la cooperativa, y a largo plazo, es ser exportadores, porque tenemos la capacidad y el recurso de exportar café y frijol. Somos la primera despensa agrícola del Cesar. Es una cuestión dura y difícil,



pero no imposible si trabajamos unidos y tocamos puertas”.

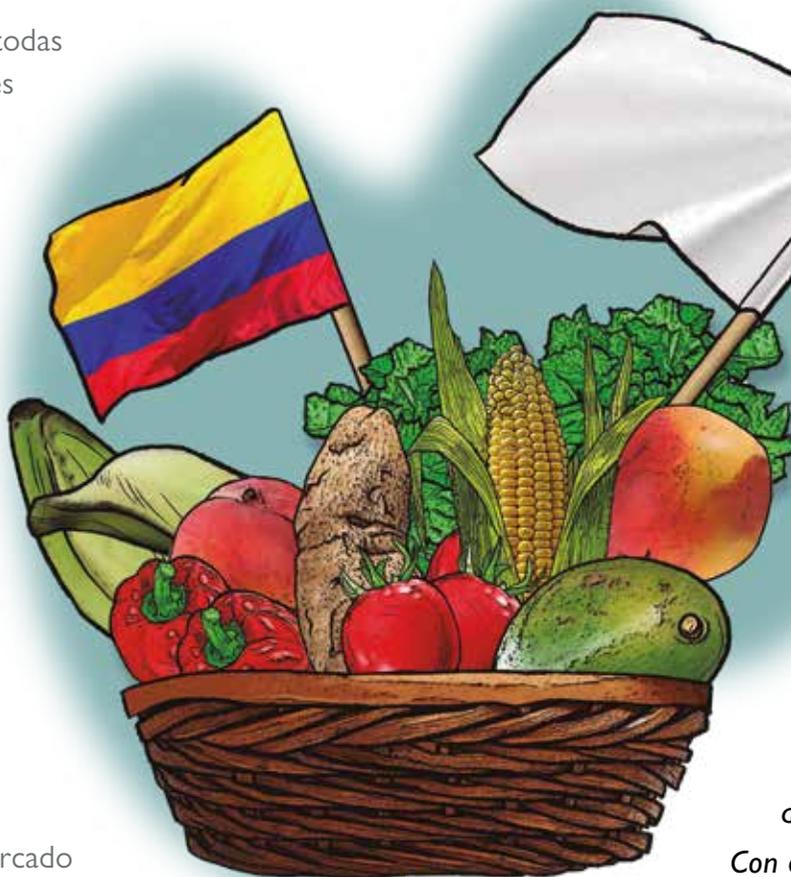
Han avanzado ya en este camino: hoy, el mercado campesino no solo cuenta con las carpas y dotación necesaria para sacarlo a las calles del pueblo, sino, también, con un local amplio donde están construyendo un cuarto frío para la conservación de sus productos.

“En estos días vino un fortalecimiento y Dios nos bendijo con un cuarto frío, eso tiene muchas bondades para preservar las verduras y frutas, porque algunas se nos dañaban porque no teníamos sistema de refrigeración y ese era nuestra mayor debilidad. Además, recibimos apoyo en marketing, otra bendición agregada, pues nos enseñaron a

manejar las redes sociales para promocionar el mercado”.

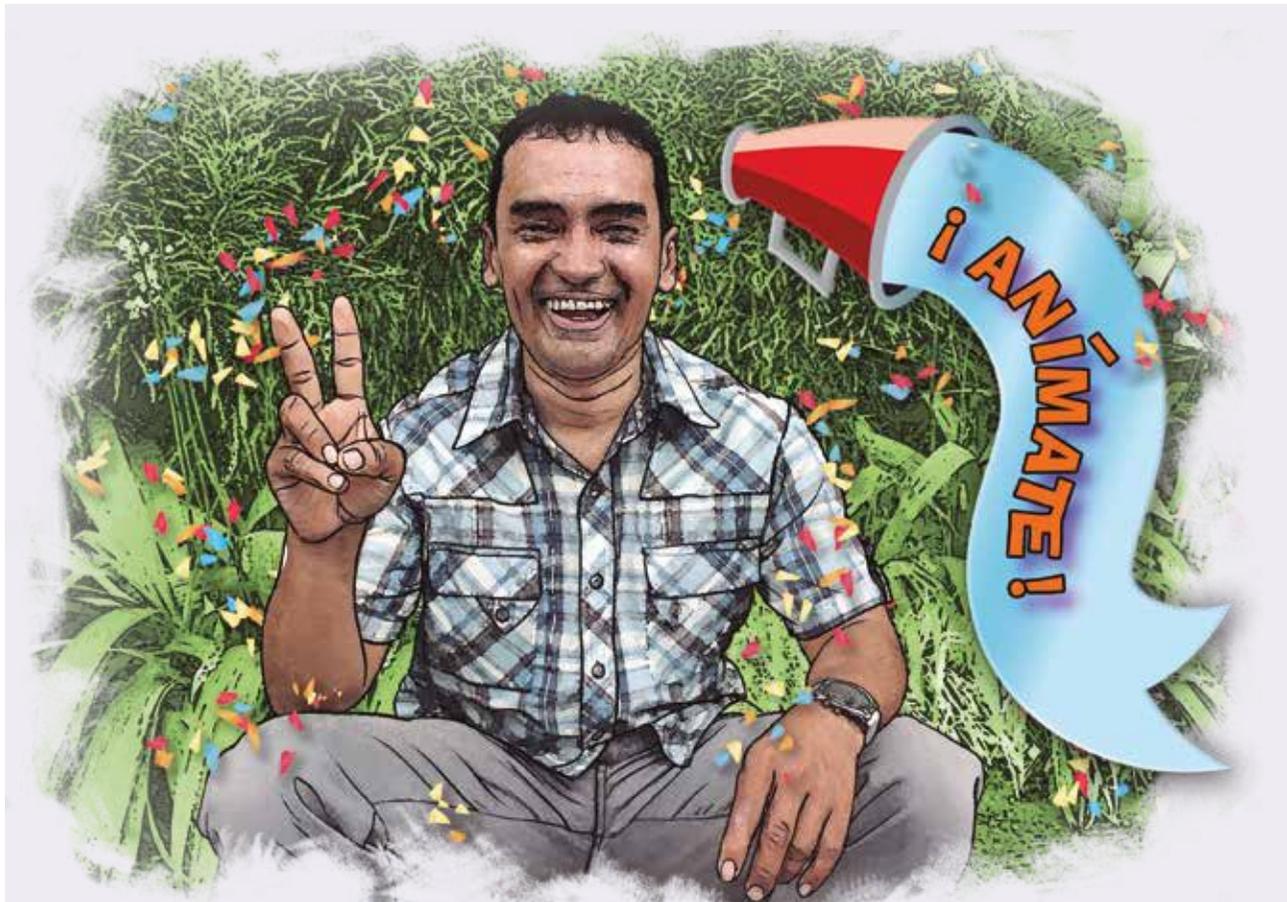
Para Esneider todas son bendiciones mandadas del cielo, pero también es gracias al esfuerzo de todos. Él trabaja duro para conseguir sus metas y prosperar en los proyectos que lidera y comparte con su comunidad. Además de su oficio en el mercado campesino, es latonero y pintor de autos, chofer de tractomulas y camiones doble troque. En cada una de las actividades que realiza, al igual que lo hace en el mercado campesino, desborda energía,

mantiene su buen humor y, como le dicen aquí en su tierra a quienes toman el pelo con frecuencia, es un mamador de gallo consumado.



“Yo vivo feliz. La ventaja de vivir en paz es la tranquilidad de dormir arrunchadito con mi esposa y poder servir a mi comunidad. Eso es lo que un líder debe anhelar. No hay nada más hermoso en la vida que usted preste un servicio y reciba la satisfacción y el agradecimiento de a quien ayudó.

Con eso basta y sobra”, concluye este hombre que sabe que la tierra labrada con buenas ideas y abonada con mejores acciones, cosecha un verdadero espacio para consolidar La Paz.



ALEXANDER Y SU **ÁNIMO**
INCANSABLE DE TRABAJAR
POR LOS DEMÁS



Nadie se imaginaría que detrás de la apariencia frágil y la mirada tímida de este vallecaucano de 41 años, se esconde un hombre multifacético: líder comunitario, gestor de paz, estudiante de trabajo social y padre soltero. Un excombatiente de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que se reintegró a la vida en sociedad y cuya historia hoy es ejemplo de superación y cambio para decenas de jóvenes de la comuna 21 de Cali, donde, junto a otros líderes, los animan a desarrollar un proyecto de vida encaminado hacia la paz.



nimate 21 es el nombre de la estrategia que surgió del Modelo de Reintegración Comunitaria (MRC) del que hizo parte Alexander Salgado junto a otras 110 personas. Para su culminación, y divididos en grupos, debían presentar un proyecto social para implementarlo en esta zona sensible de la capital del Valle del Cauca donde las pandillas y la delincuencia son una posibilidad para muchos jóvenes. La idea de Alexander y su equipo resultó ganadora y se concretó gracias a la creatividad de este caleño de nacimiento, criado en el municipio de Balboas, departamento del Cauca.

“Nuestro proyecto tenía unas características que los otros no tenían. Precisamente se me ocurrió la idea de asociarnos entre líderes de las comunas y desmovilizados. Empezamos unas capacitaciones donde nos enseñaron cómo se formula un proyecto y nos ayudaron a aterrizarlo y enmarcarlo en tres ejes de acción: prevención del consumo de sustancias psicoactivas y reclutamiento, utilización del tiempo de ocio, y empoderamiento en derechos humanos”, explica con propiedad este líder.

Pero el liderazgo de Alexander, como él mismo lo reconoce, y además lamenta, no estuvo siempre enfocado en la

reconciliación. A los 18 años, con apenas segundo de primaria y

huyéndole a la guerra, luego de que a su casa llegara un panfleto anunciando que debía enlistarse en la guerrilla de las FARC, fue retenido una noche oscura junto a 20 amigos de su caserío, por hombres armados del Bloque Sur Andaquíes de las AUC, al que perteneció durante 10 años de su vida, primero obligado y después, como única opción.

“Nos subieron en unos camiones y nos tiraron para el Caquetá. Nos dieron



la opción de quienes querían pertenecer al grupo y los que no. Yo fui de los que no quise. Entonces, nos pusieron con los secuestrados, y de ahí en adelante tuvimos una vida terrible. Pasamos meses enmallados, con un trato horrible, y pensábamos que nos íbamos a morir ahí. Ahí sí quisimos pertenecer al grupo”, recuerda Alexander.

Fueron dos años de cautiverio hasta que logró entrar al grupo armado y dejó atrás la pesadilla del secuestro, para embarcarse en otra aún más difícil, la del combate. Llegó incluso a tener mando dentro de esas filas y a liderar una escuadra. Pero tuvo una segunda oportunidad, se desmovilizó e inició el camino



hacia la reconciliación que hoy abandera y disfruta.

“En mi caso, como solo había hecho hasta segundo de primaria, no sabía hacer nada, solo manejar armas. En el campo lo único que hacía era desyerbar y raspar coca y amapola. Fue muy duro llegar a la ciudad. Uno se siente como un pajarito en una jaula. Los carros, la gente, uno sale y no

conoce a nadie. Se siente miedo”. Un miedo que, en lugar de paralizarlo, lo motivó a terminar sus estudios de primaria y bachillerato por ciclos, a aprender el oficio de la zapatería junto a su cuñado, a trabajar como escolta y en construcción, y a abrirse poco a poco un camino hacia la paz, mientras lograba culminar su proceso de reintegración en la ciudad de Cali.

Desde la sucursal del cielo, Alexander, que hoy ya no batalla con armas sino con palabras, inspira. *“Yo les digo a los jóvenes de las pandillas ‘pero si usted ha sido un líder para el mal, ¿por qué no va a poder ser un líder para el bien?’ Yo no les cuento mi historia siempre, pero cuando ya creen que ellos son los únicos malos de la película, les digo que*

yo conozco alguien que tuvo historias semejantes y hoy en día es una persona diferente. ‘Soy yo, está hablando con él’, cuenta con orgullo, pues sabe que solo a través del sacrificio y la convicción pudo dejar atrás el odio y su pasado y decidió darse una oportunidad empleando su vocación de líder para ahora armar de valor a otros.

Este don de transmitir, transformar y brindar esperanza se potenció cuando su pareja lo abandonó a él y a su hija, de tan solo un año. Con ella como motivación, consiguió un empleo como Gestor de Paz en la Secretaría de Paz y Cultura de la Alcaldía de Cali. Desde allí, con el bono que recibe por su aporte a la cultura de la ciudad, financia sus clases en la universidad. Estudia por las noches, cursa cuarto semestre de trabajo social y cada día se convence más de su pasión por la labor comunitaria.

El rol de gestor sumado al liderazgo que ejerce lo han convertido en ejemplo de muchos. ***“Me gusta mucho lo que hago porque veo la transformación de las personas. Resocializar a la comunidad, dar las charlas sobre prevención, trabajar con los jóvenes... Yo lo hago con empoderamiento y con corazón”***, afirma Alexander poniendo su mano sobre el suyo, quizás sin sospechar que ya son muchos los corazones que con su entrega y trabajo comunitario está tocando a diario.

Tiene sueños grandes y aspira a trabajar en una organización internacional donde pueda seguir inspirando a muchas personas desde su experiencia. ***“Yo hice un cambio del infierno al cielo y creo en que hay personas que lo ayudan a uno de distintas maneras, alguien que le diga a uno que sí es capaz y que confíe, marca la diferencia”***. Esa misma que él

ya está marcando desde lo simple y lo cotidiano, a través de su trabajo diario en las calles, enseñando valores y construyendo ciudadanía entre los niños, niñas y jóvenes de la capital del Valle.

Como muchos otros colombianos que han vivido de cerca la crudeza de la guerra, Alexander encontró su camino en el servicio social y el trabajo comunitario. Decidió apostarle a la reconciliación como su único norte y animar a los demás a vivir en paz como el mejor camino hacia la reconstrucción del tejido social.

Para él, ***“la paz es una transformación que las personas podemos tener, pero empieza desde adentro, desde uno. Yo antes aportaba a la guerra y hoy en día, apporto a la paz”***.



ALGECIRAS, **ENTRE LIBROS Y LETRAS**



Una biblioteca comunitaria de una vereda en las montañas del departamento del Huila se ha convertido en el punto de encuentro favorito y remanso de paz para niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos de una comunidad golpeada por la violencia del conflicto armado, pero que hoy, entre libros, letras y gran convicción, reescribe su historia y construye una cultura de armonía y reconciliación.

36

8

l exuberante paisaje que ofrece la carretera, cuesta arriba, entre montañas verdes, árboles florecidos de hermosos colores, el río corriendo a un costado entre piedras gigantes y una suave brisa, avisan que ya está cerca El Paraíso, un centro poblado del municipio de Algeciras. Ahí se desarrolla una iniciativa



comunitaria que está encaminada a generar entornos protectores para la comunidad. La materialización de este proyecto es el mayor orgullo de sus habitantes: la biblioteca.

No es para menos. A partir de esta iniciativa lograron dejar de ser reconocidos como un territorio de conflicto, de grupos armados y de violencia, y pasaron a ser un paraíso para los amantes de la lectura. Niños y niñas, jóvenes, familias enteras y los miembros de esta comunidad, que transpiran paz, llegan todos los días a este lugar para perderse en los estantes y filas de libros de literatura, historia y filosofía.

“La biblioteca ha servido mucho como un espacio para unirse y para que los niños vean otro camino. Gracias a Dios hoy estamos en paz, no está el temor que teníamos antes que vivíamos en zozobra. Hoy en día ya no existe eso, y los niños y jóvenes les gusta mucho venir aquí”, cuenta emocionada Yanira Fierro, que ha vivido toda la vida en El Paraíso.

Hasta su hogar llegó hace unos años la amenaza del reclutamiento forzado por parte de grupos armados, pero Yanira y su esposo la enfrentaron con valentía y decisión. Esa misma actitud con la que hoy trabajan por generar espacios de participación, convivencia pacífica y

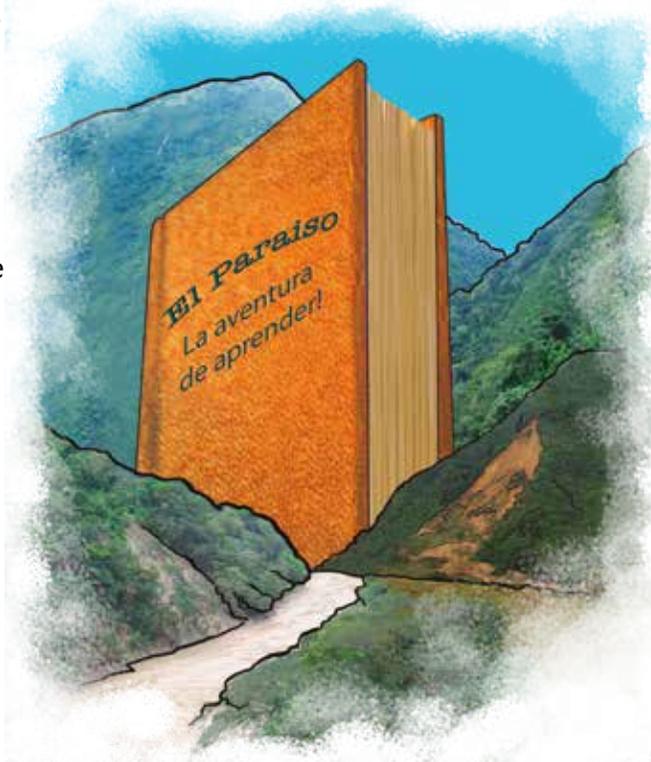
entornos protectores para su comunidad, ubicada en un corredor que conecta el departamento de Huila con el de Caquetá y donde viven 160 familias.

“En ese tiempo ellos andaban por acá como Pedro por su casa. Una vez se me acercó uno y me preguntó cuántos hijos tenía. Le respondí que tenía dos. Cuando eso, mi hija tenía 13 años y me dijo: ah bueno, entonces ya está en edad. Yo no lo permití y desde entonces ese señor nos cogió rabia, nos dañó las motos. Pensaban que por el solo hecho de estar por ahí nuestros hijos tenían que irse al lado de ellos y eso no era así”, recuerda.

Con esa firme convicción, y la motivación de proteger y encaminar a los niños, niñas, adolescentes y jóvenes de su comunidad,

Yanira y cinco vecinos más decidieron liderar esta iniciativa de la biblioteca pública comunitaria, un proyecto basado en la reconciliación y que abre la oportunidad de estudiar y crecer en un ambiente de paz. Este es, para ella, el mayor tesoro en El Paraíso.

“Ha sido muy bueno el recibimiento entre los niños.



Uno ve que a veces nos reunimos los adultos a un taller o capacitación y los niños vienen, se acercan a los libros y promueven cine foros. El compromiso no es solo de adultos sino también de los jóvenes que se han apropiado del lugar, de su centro cultural y de recreación”, dice con orgullo.

Este proyecto de participación y concertación comunitaria ha sido muy bien recibido por los habitantes del centro poblado. Además, ha contado con cooperación internacional de los gobiernos de Argentina y Suiza quienes también se han enamorado de esta iniciativa constructiva y se han sumado mediante el intercambio de experiencia y la donación de algunos ejemplares para la biblioteca.

“Hemos sido muy afortunados, hace poco recibimos unos 11 libros de Suiza. La verdad es que la comunidad hoy en día está empoderada y muy tranquila. Ya no va a permitir que nos roben eso que hemos construido, ni que se retroceda en este proceso”, asegura Yanira mientras acomoda unos libros en los estantes dispuestos en la biblioteca.

El espacio es confortable y fresco. Tiene pisos bien cuidados, pues los mismos chicos y chicas de la vereda lo asean como parte de sus horas de servicio social. Cuentan con dos estanterías, una colección de libros, sillas de plástico, y un proyector para los cines foros. El salón lo usan también como centro de reuniones comunitarias para recibir charlas o competencias.

En esta región, como en muchas otras zonas rurales del país, existe la cultura arraigada de que los niños, niñas, adolescentes y jóvenes llegan de la escuela y deben contribuir con las labores del campo. Inculcarles el hábito y la pasión por la lectura y la pasión por los libros es un trabajo lento. Por eso, los líderes y lideresas de esta vereda utilizan toda su imaginación para acompañarlos a través de actividades lúdicas y jornadas de recreación que les permitan aprovechar su tiempo libre y transformar los riesgos y vulnerabilidades en realidades de tranquilidad y reconciliación.

“Transformar la mente con la lectura no es fácil. Aquí hay muchos sueños. El mío es ver crecer este lugar, que

sea más grande y llena de libros. Estamos ya pensando a futuro para que esta biblioteca comunitaria se vuelva un centro de desarrollo comunitario”, afirma esta huilense que disfruta ayudar a su comunidad en este ejercicio protector de la infancia y la juventud de su territorio.

Por eso, cuando se le pregunta cómo percibe su territorio, levanta la mirada como si estuviera visualizando a su comunidad que hoy escribe un nuevo relato enmarcado en la lectura, la cultura y la reconciliación. “La paz se siente como un espacio muy libre, se siente como El Paraíso”, concluye.



BLANCA Y SAÚL: **EL DELIRIO**
POR SERVIR Y **LAS DELICIAS**
DE APORTAR



Dos líderes entregados a su comunidad, dos barrios vulnerables de la capital del Meta y un solo objetivo: construir puentes seguros hacia la generación de oportunidades de cambio social y reconciliación a través de la convivencia pacífica, el arte, la música, y la capacitación en valores y ciudadanía.



uando Blanca Lilia Rosas llegó, hace ya más de 30 años, al sector de El Delirio al oriente de Villavicencio, solo encontró monte y culebras. No había vías de acceso, ni servicios públicos, mucho menos sitios de esparcimiento, pero para ella, eso no fue un obstáculo sino una gran motivación para dedicarse a abrir caminos y construir comunidad. A sus 66 años esta bogotana, de corazón llanero, se enorgullece de ser fundadora de su barrio y pieza fundamental en este popular sector.

“Cuando llegué acá era un potrero, sin nada. En compañía de otros señores de la comunidad, comenzamos a limpiar. Nos tocaba entrar por un caño. Después, con el tiempo, me hice conocer por varias personas del gobierno local para que nos colaboraran con postes, maquinaria y a abrir vías”.

Hacerse notar parece ser la especialidad de Blanca, una mujer que no ha parado ni un solo día de trabajar por su comunidad. Fue presidenta de la Junta de Acción Comunal de su barrio, logró que pavimentaran las calles, hacer techar el coliseo deportivo y llevar brigadas de salud. Ahora, como parte del Comité de Impulso, sigue liderando todos los procesos de desarrollo comunitario.

“Yo amo mucho a mi comunidad porque nunca me ha dejado sola. Hasta el último día que tenga, voy a estar con ellos, así que, si no me las sé, me las invento”, dice emocionada mientras sus ojos se inundan de lágrimas. La pasión de su vida es el servicio, pero, sobre todo, la satisfacción de haber hecho parte de los cambios reales que ha tenido su barrio. Lejos quedó el paisaje desolado que encontró un día en El Delirio, ahora en su barrio hay desarrollo y vida en comunidad.

En una construcción esquinera de techos rojos, se ubica la caseta comunitaria que aprovechan como punto de encuentro para reuniones vecinales y capacitaciones. Este espacio de encuentro de la comunidad fue dotado con instrumentos musicales, considerados como motor de transformación para muchos niños, niñas, adolescentes, jóvenes y vecinos del sector. Todos ellos, en equipo, han abierto sus casas, calles y corazones para recibir e interactuar con personas en proceso de reintegración.

“Recibir a los reintegrados ha sido maravilloso. Aquí vino un grupo hermoso que nos ayudó con la limpieza de caños y parques. Fue algo muy bonito. Compartieron mucho con nosotros, y la comunidad los recibió muy bien”.

Adicionalmente, recibieron apoyo para el fortalecimiento del Parche Comunitario, una iniciativa de comunicación para el desarrollo enfocada en que los niños, niñas, jóvenes y adolescentes aprendan a ejercer el periodismo comunitario. **“Ya conformaron un equipo de jóvenes de entre 7 y 16 años que cada ocho días está aprendiendo cómo manejar las cámaras, las grabadoras y las luces. Me sueño que en mi barrio no haya un solo joven consumiendo vicio y que estén enfocados en proyectos productivos para su vida”**, puntualiza Blanca con voz de esperanza.

La misma que se respira al otro extremo de la ciudad, en el barrio Las Delicias, ubicado en la comuna 3 de Villavicencio, uno de los sectores con mayor número de problemáticas en términos de seguridad y falta de oportunidades para el desarrollo de su



población. Allí, en medio del alegre bullicio de un salón comunitario repleto de mujeres y jóvenes del barrio que asisten a clases de manicure y pedicura, está Saúl Pérez García, el presidente desde hace siete años de la Junta de Acción Comunal y líder indiscutible de esta comunidad.

Este tecnólogo en administración financiera decidió un día dejar atrás los números y cambiar su trabajo en un banco, para invertir toda su energía en

el bienestar de la niñez y la juventud del barrio. Con esta decisión, Saúl ve acumular otro tipo de riqueza, que ha cambiado su vida y la de su comunidad.

“Nos sentimos muy contentos, pues poco a poco se recuperó mucho en seguridad. Cuando arrancamos este proceso de prevención del reclutamiento, lo iniciamos con 30 niños que recibían clases musicales, artísticas y asistencia psicológica. Recibimos instrumentos musicales e hicimos alianzas con varias instituciones educativas. Comenzamos a generar refuerzos escolares para los estudiantes y empezamos a ver mejoría: niños que iban mal, pasaron a los primeros puestos en sus colegios, y el tema ha sido tan exitoso que hoy tenemos 160 niños en la Fundación Sembrando Semillas de Esperanza, una de las acciones legales que ya conseguimos”, cuenta entusiasmado Saúl.

Su sonrisa se mantiene mientras narra los avances significativos que ha tenido su fundación en el sector, pues ahora en Las Delicias se sienten aires de cambio y la comunidad disfruta un ambiente de sana convivencia y reconciliación. **“Mi hija ha estado desde pequeña en las actividades que organizan y ocupando el tiempo libre. Saúl y su esposa le han devuelto la esperanza a los niños de que todo puede ser mejor y de que el sector sí puede cambiar”**, asegura Lady Ocampo, una caleña que vive en el barrio hace 22 años.

En esta estrategia comunitaria encaminada a generar entornos seguros y protectores, los niños, niñas, adolescentes y jóvenes de Las Delicias no solo reciben refuerzos educativos para sus procesos académicos. También tienen acceso a clases de

zoropo, a diversos cursos de instrucción musical en violín, teclados y percusión, y a una escuela deportiva donde toman clases de fútbol sala. Además, como reza en una de las paredes de la caseta, acompañada del dibujo gigante de una cámara, también es el lugar de grandes iniciativas de intervención comunitaria como Cine al Barrio.

“Aquí lo que queremos es transmitirles mediante películas un aprendizaje. Antes alquilábamos los equipos, ahora



tenemos un video beam, que ha sido un regalo maravilloso, pues seguimos proyectando nuestras películas en este espacio”.

Dulce como el sonar del arpa y firme como el zapateo del zoropo que engalanan estas tierras, así ha sido la labor de Blanca y Saúl, dos líderes que creen ciegamente en el poder de las oportunidades. Su pasión por el servicio a la comunidad es ejemplo de liderazgo y tesón. De su mano, Las Delicias y El Delirio avanzan como una clara muestra de que el trabajo social comunitario impacta vidas y ofrece alternativas de cambio real al propiciar, desde lo local, espacios de reconciliación y convivencia pacífica en las propias raíces: los corazones de cientos de niños, niñas, adolescentes y jóvenes llaneros.



ELISA: COMO **PARTERA TRAE**
LA VIDA, COMO **GOBERNADORA**
GENERA IGUALDAD



El rescate de saberes y el fortalecimiento de la comunidad desde su ancestralidad, ha sido la clave para que en el resguardo embera katío de Gitó Dokabú, ubicado en las montañas de Pueblo Rico, Risaralda, excombatientes y sus comunidades indígenas construyan vínculos de confianza y reconciliación. Allí, una mujer brilla como lideresa desde distintos frentes, y toma la vocería de su género en la tarea de mediar y gobernar,

M

ide un poco más
de un metro
y medio

de estatura, pero
su presencia es
imponente. Elisa
Onogama es madre
de nueve hijos, abuela
de diez nietos, defensora
de los derechos de la
mujer en su cultura y,
además, la primera
gobernadora menor
de su comunidad.

Una embera orgullosa de
su etnia y su cultura, que regala
vida a su resguardo mediante el oficio de la
partería y, se ha convertido en un ejemplo
de valentía al alzar su palabra para promover
la igualdad de género y la convivencia
pacífica.

*“Estoy feliz de que una mujer sea
gobernadora local. Los hombres están
preocupados de que una mujer ya habla, tira
propuestas, tiene conocimiento. Y sí, porque
yo también tengo capacidad. Yo soy una mujer
que camino adelante, protesta y ayuda. Soy
también partera mayor”,* declara Elisa con
vehemencia.

Su sabiduría está en la partería. Aprendió
esta labor de su abuela y de su madre. A los



15 años empezó a recibir el conocimiento
y a los 19, cuando tuvo su primer hijo,
estuvo lista para iniciarse como partera.
Para entonces, ya conocía el uso preciso
de las plantas y yerbas y todo lo indicado
y contraindicado durante el embarazo y
alumbramiento. Ahora, alista una huerta
donde cultiva las plantas sagradas utilizadas
en este oficio y dirige una escuela para
transmitir este conocimiento ancestral.

*“Ya busco reemplazo de mí, porque uno no
sabe qué va a pasar. Dios no dice que usted
va a morir para un año o para otro, no sabe
qué día va a desaparecer, por eso hay que
dejar una enseñanza. Ya hay unas que están
aprendiendo, pero eso también es voluntario.*

Somos dos parteras mayores y tres que vienen atrás. La huertita la estoy ubicando porque esas plantas no nacen en el patio sino en el monte, en sitio sagrado”.

Y tan sagrado como es para el pueblo embera todo lo relacionado con la llegada de un nuevo ser a la vida, es su relación con el mundo espiritual, una conexión que logran a través de sus jaibanás, médicos y orientadores tradicionales. Por eso, en el marco del Modelo de Reintegración Comunitaria (MRC), recibieron apoyo para la adecuación de un tambo ancestral, ícono de esta cultura. Una obra de grandes dimensiones: 20 metros de largo, 12 de ancho y 15 de alto. Levantada en madera pura traída de la montaña y techada en palma por los abuelos

y arquitectos mayores de la comunidad. El diseño es justo como eran sus casas antiguas para permitir una adecuada circulación de luz y aire.

Según sus creencias, el tambo tiene una sabiduría ancestral para alejar las enfermedades. **“El tambo para nosotras las mujeres es muy bien, porque antes toda la gente embera utilizaba casa de tambo y eran libres, frescas, amplias y casi no enfermaban los niños. Nos construyeron uno y estamos contentos porque ahora hay un lugar para los jaibaná y para reuniones. Jaibaná tienen su sitio para espiritualidad y para poder curar a hijos y**

enseñar. Que niños avancen con sus creencias y continúen legado de padres. Es para todos en la comunidad, arriba será lo espiritual y abajo reuniones”, explica Elisa con un español que se mezcla, de vez en cuando, con su lengua materna.

Actualmente cursa décimo grado y está enfocada en terminar el bachillerato para mejorar su castellano. **“Yo soy viejita, pero yo aprendo y mejoro mi lengua, voy a corregirla, mujer habla, pero no escribe, sino piensa”.**

En su labor como gobernadora menor, Elisa se encarga de resolver conflictos y, sobre todo, de apoyar a las mujeres de esta comunidad asentada en el corregimiento de Santa Cecilia. Una región que sufrió años atrás por la violencia y donde confluyen



víctimas del conflicto armado, excombatientes, población indígena y afro.

“Me toca analizar y buscar las soluciones a los problemas cuando vienen con chismes, cuando hay robo, y cuando hay caso del maltrato del marido a la mujer que también pega. Y las mujeres tienen su derecho. También, tener propuestas para llevar al Cabildo Mayor, que favorezcan a las mujeres, si tienen un problema, que están mal de vivienda, que falta educación o mal de salud”, asegura Elisa.

Ella siempre está impecable. Su larga cabellera la adorna con apliques de flores azules a cada lado, su traje tradicional es plisado y colorido, usa collares de chaquiras y su maquillaje es una representación de la luna en su rostro. ***“La mujer tiene que conservar su cultura, tener su vestido, su forma, la dignidad no se puede cambiar, la dignidad es nuestra, para nosotros, que nuestros ancestros nos dio”.***

Además de la escuela de parteras, Elisa quiere transmitir su sabiduría a sus hijas y demás mujeres del resguardo para empoderarlas y animarlas a que participen en las decisiones de su comunidad. Sobre todo, le interesa que aprendan algún oficio y que estudien: ***“por eso nos reunimos a hablar de cómo podemos enseñar artesanías. Nos estamos agrupando las mujeres para hacer canastos, collares. Mis hijas ya conocen, y la pequeña quiere ser como mamá. Hay que oír a los mayores porque nos van a dar su artesanía, su cultura, su danza, medicina tradicional y espiritualidad nuestra. Mujer tiene igualdad de derecho”,*** concluye.

Eso lo entiende bien Eduardo Queragama, su esposo, miembro de la guardia indígena del resguardo y cultivador de cacao, quien la respalda en sus múltiples actividades, y como dice Elisa, ***“no le suspendió la libertad y le dio la oportunidad de ser líder”.***

“Yo, claro, orgulloso. La señora no tenía estudio pero participaba y ya casi está en 11, ya es una lideresa de la comunidad, y gobernadora, y por mi está bien. Yo no le ponía problemas para que ella anduviera tranquila y ahora último se entró en los derechos de la mujer también, no le ha quitado a la señora valor, siempre ella trabaja, y habla mucho mejor dicho”, apunta mientras suelta una carcajada y le lanza a su esposa una mirada cómplice.

Elisa es pequeña pero su espíritu es gigante. Tiene 48 años, aunque se dice vieja. No ha concluido sus estudios, pero tiene el vasto conocimiento de sus ancestros. Es sabia y, ante todo, es una lideresa que defiende los derechos de las mujeres de su comunidad. Su abuela se lo advirtió: es un designio de sus antepasados.



LA PAZ SALE A ESCENA DE
LA MANO DE PEQUEÑOS
GRANDES ARTISTAS



Un profesor de artes escénicas y sus estudiantes, niños y niñas de 7 a 13 años, quieren dar a conocer a su municipio, Cartagena del Chairá, por su talento para el teatro y por su capacidad de expandir el arte de la reconciliación.

Oscar Suárez es manizalita, pero su corazón es tan caqueteño como el río Caguán que baña a Cartagena del Chairá. Hasta este municipio del centro del departamento llegó hace más de 30 años a trabajar en un deslizador, una embarcación ribereña. Pero sin darse cuenta, terminó deslizándose hacia otras aguas y el mundo de las tablas lo absorbió para siempre.

“A Cartagena llegué en 1985. Ya tenía el arte en mi cabeza y corazón, aun cuando no tenía ningún tipo de formación. Había un señor que estaba estudiando radio y televisión. Él tenía un grupo de teatro, entré y entonces, cuando se iba para Bogotá a estudiar, yo me quedaba al frente del grupo. Fui aprendiendo de él y ahí fue como empecé con esta idea”, cuenta el Profe Oscar con una voz pausada.

Más tarde, se vinculó a grupos de arte dramático en Florencia y en el Quindío, donde se formó como actor. Hace 11 años volvió a Cartagena

del Chairá a trabajar en la cultura municipal y dirigir el grupo de teatro al que, desde entonces, **“no he podido soltar”**, confiesa.

Inicialmente creó el grupo de dramaturgia infantil Ibis, en el que participaron varios niños y niñas que logró entusiasmar después de una visita a las instituciones educativas del sector. En 2019, su sueño se materializó y se formalizó con la constitución legal de la Fundación para el Desarrollo del Arte y Cultura (Fundteartec). Ya con personería jurídica, tienen oportunidad de participar en las convocatorias de carácter público

o privado que se ofertan a nivel nacional o internacional y dan un pie adelante en la sostenibilidad del colectivo teatral.



“Ahora estamos en el proceso de crear una oferta de obras de acuerdo con las necesidades de la región. Tienen que ver con la prevención del consumo de sustancias psicoactivas, del abuso sexual contra menores, del reclutamiento por grupos armados, prostitución infantil y

también hemos diseñado algunas obras en el tema del cuidado del medio ambiente”, afirma con emoción.

Más de 50 niños y niñas caqueteños se han formado con el Profe Oscar y actualmente tiene un grupo base de 20 menores que asisten sin falta cada lunes, miércoles y viernes a ensayar. Uno de ellos es Franklin González Galindo, de 11 años, más conocido en la región chairense como el “Galán de oro”. Él alterna su carrera de cantante con estas clases de actuación que tanto atesora.

“Me encantan las representaciones, es muy bacano.



Hemos perdido el miedo, la timidez, jugamos a veces, nos divertimos, ensayamos. Para mí ha sido una experiencia muy bonita. En las obras llevamos siempre un mensaje para la comunidad, para que

las personas reflexionen”, asegura con toda propiedad el joven artista.

En la actualidad están presentando tres obras: El ocaso de la guerra, que trata sobre la terminación del conflicto, La esperanza de los niños, que aborda el tema de la prevención del reclutamiento, y Caperucita prevenida, enfocada en prevenir el abuso sexual a menores. Su protagonista, Eloísa Márquez de 13 años, se ha

convertido en una celebridad dentro de su comunidad por el papel que interpreta.

“A mí me gusta estar en el escenario porque desarrollo

muchas habilidades. Me ha servido para cambiar la actitud. Por ejemplo, era de muy mal genio y ya no. El teatro lo cambia a uno como persona”, dice esta joven que sueña con ser, algún día, generala de la Policía de Infancia y Adolescencia.

A eso justamente es a lo que le apunta el Profe Oscar con sus clases de arte escénico: ayudar a los jóvenes de esta población a enfocarse en un proyecto de vida que los aleje de la amenaza de la guerra y la violencia.

Para él, *“el teatro no debe tener solamente una función recreativa sino social, que genere en ellos un mensaje significativo. Hay niños que tienen mucho tiempo en la calle y todos sabemos que eso les genera unos riesgos que no son positivos para construir sus proyectos de vida. Acá van cambiando la visión que tienen del mundo, creen que libertad es hacer lo que quieran, pero cuando entran, se dan cuenta*

que la verdadera libertad es hacer lo correcto”.

Además del apoyo organizacional para formalizar la Fundación, esta iniciativa juvenil recibió una dotación de vestuario e implementos para sus presentaciones como telones para el escenario, equipo de sonido y un impulso en marketing digital para crear su sitio en internet y hacerse visibles ante el mundo.

“Con orgullo y alegría digo que tenemos hoy una implementación que ni la casa municipal de cultura tiene. Hace poco estuvimos en San Vicente del Caguán en una participación de todos los colectivos teatrales del departamento y ganamos. Fue muy importante para los niños y niñas, porque fue la primera vez que salieron y participaban en un evento de estos”, comenta don Oscar mientras sus ojos se iluminan por la emoción.

La misma que sintió hace unos meses cuando se encontró

en Florencia con un joven de 25 años que había pasado por su escuela en preescolar y en la actualidad es un profesional en Biología. *“Eso lo llena a uno de alegría. Ya voy a cumplir 60 años y pensaba que ya podía morir tranquilo, porque he invertido en generaciones nuevas y veo que esa inversión que he hecho ha dado sus frutos. Ya hay varios profesionales y recuerdan el trabajo que hicieron conmigo en la escuela de actuación. Esa es la recompensa”.*

Sin duda, el profe Oscar y sus jóvenes artistas están haciendo la diferencia. La marcan al cambiar el libreto de una región que ha sido etiquetada en el pasado como escenario del conflicto y que, ahora, abre nuevamente el telón para que las futuras generaciones representen la esperanza de cambio y hagan de la paz la gran protagonista.



SABIDURÍA ANCESTRAL,
REMEDIO CLAVE PARA
SANAR **HONDAS HERIDAS**



En el resguardo indígena de Cañamomo Lomaprieta, ubicado en el municipio de Riosucio, Caldas, el ejercicio de la medicina indígena tradicional se ha convertido en el remedio más eficaz para tratar los dolores del alma y propiciar espacios de sanación y perdón entre excombatientes y víctimas del conflicto armado.

M

ercedes Tapasco, lideresa de este resguardo, conformado por 32 comunidades, en su mayoría de la etnia embera chamí, es consciente que los saberes ancestrales se aplican, se transmiten y se preservan como una cura efectiva para aliviar viejos rencores y procurar un ambiente de sana reconciliación.

Por ello, en el centro cultural del resguardo, bautizado con el nombre de Gabriel Ángel Cartagena en honor al esposo asesinado de doña Mercedes, los jóvenes, las mujeres, los hombres, los ancianos, y demás pobladores, siempre tienen algo que decirle. Se acercan, la buscan, le consultan y le agradecen. Desde hace 15 años, cuando quedó viuda por el atentado cometido contra su

marido, entonces candidato a la alcaldía de Riosucio y líder comunitario, emprendió una valiente batalla para darles voz y representación a las víctimas del conflicto armado de su región.

“Al principio trabajábamos a escondidas, de manera silenciosa, porque en este tiempo era peligroso. No como ahora, que tenemos la posibilidad de participar. Nos dimos a la tarea de luchar por las víctimas y creamos la Asociación de Víctimas del Resguardo Indígena de Cañamomo Lomaprieta, conformada mayormente por mujeres. Trabajar por las víctimas y en procesos de paz y reconciliación es difícil, pero yo sigo ahí”, afirma esta mujer de 52 años, de voz suave y contextura frágil, pero espíritu invencible.

El día que murió su esposo, durante una masacre ocurrida en un paraje conocido como La Herradura, Mercedes estaba en Bogotá. Llegó a la capital en condición de desplazamiento por las amenazas que enfrentaba. Estaba embarazada de su segundo hijo, quien nunca conoció a su padre, y su hija mayor tenía 7 años. Desde ese momento comenzó para ella, así como para otros miembros de la comunidad, un proceso de sanación espiritual a través de la medicina tradicional indígena representada en: rituales, ceremonias, esencias, sahumerios y plantas, que entran a mediar y a facilitar acercamientos entre víctimas y excombatientes en torno a la resolución de conflictos.

“Todo se ha logrado a través de la medicina y el que perdona es porque le nace del corazón



y si no hubieran estado los médicos espirituales, creo que no habría sido posible. El día que nos reunimos excombatientes y víctimas, la medicina nos ayudó porque estábamos en un mismo lugar. Ellos estaban afuera y nosotros adentro, pero los invitamos a que entraran y compartieran el espacio. Al principio todos nos mirábamos, pero llegó la médica tradicional y empezó la armonización. Al dar la medicina y el tabaco, algunos de ellos se marearon y entre todos nos ayudamos. Ese día fue tan importante porque lo que sentimos y por estar todos unidos. Fue un acto de perdón”, recuerda con una voz que se quiebra al desempolvar sentires.

Tan importante ha sido el ejercicio de la medicina indígena tradicional en el proceso de reconciliación de esta comunidad que, en el marco del Modelo de Reintegración Comunitaria (MRC), lograron la adecuación del Aula para la Memoria y la

Reconciliación, justo al lado del el Centro Cultural Gabriel Ángel Cartagena. Este espacio no solo se ha convertido en el lugar para capacitar a la comunidad en temas de convivencia pacífica y derechos humanos, sino, también, para seguir transmitiendo a niños y niñas del resguardo los conocimientos en torno a la medicina ancestral. Por esta razón, los médicos mayores recibieron instrumentos musicales, cuarzos, vasijas y trajes tradicionales, toda una dotación que invita a practicar y enseñar a los niños y niñas de la Escuela de Medicina.

“En la escuela ya hay 12 niños aprendiendo y formándose para que no se pierda la medicina, parte esencial de nuestro origen indígena. Los mayores les vienen enseñando para que se mantenga la tradición y se pase de generación en generación. La paz y la reconciliación está en formar a esos niños que van para adelante, porque muchas veces los mayores nos negamos a la paz, pero la paz viene

de nosotros, por eso hay que formar a los niños”, concluye.

La cultura y la tradición se expanden como lo hacen las bocanadas que surgen de cada expiración del tabaco. Por ello, antes de cada reunión, en la que participan víctimas, excombatientes y población afro e indígena de la comunidad Sipirra de este resguardo, se armonizan la jornada y el espacio. No solo el humo se fusiona con el lugar y la gente, sino que los tambores y las flautas se suman para limpiar almas,



cuerpos y espíritus. Todo queda en armonía.

“Los médicos tradicionales son los orientadores. Yo convoco a las personas que todavía tienen dolor, los invito a sanarse, a no crear más rencor ni violencia, porque somos aves de paso aquí. Yo me siento curada. Lo que nos pasó nos duele, a mí me duele recordar. Uno no olvida, pero sí perdona y el aula de memoria es para recordar de forma sana y no cometer otra vez los mismos errores”, afirma Mercedes.

Otra de las iniciativas que tienen en marcha en el marco de la reintegración comunitaria es el proyecto productivo piscícola, donde víctimas y excombatientes trabajan unidos en la siembra de alevinos y la cría de especies. Hasta ese lugar llegaron los médicos tradicionales a curar y armonizar, pues, como manifiesta Mercedes, *“el territorio también se sana, porque tenemos muchos*

desaparecidos, se derramó sangre y el territorio ha sido vulnerado. Los médicos hacen sus rituales y se alimentan los guardianes que nos protegen que son los cuatro elementos: agua, madre tierra, aire y fuego. Hay que alimentarlos y darles agradecimiento para que nos protejan”.

Lo cierto es que Mercedes ya se siente protegida. Habla y siempre pide apoyo al espíritu de su esposo, a quien llama “Gabriel bendito”. Refleja en su andar esa tranquilidad de quien ha superado las penas más difíciles y ha sanado las lesiones más profundas.



Actualmente, además de su trabajo como vocera de la Asociación de Víctimas y líder de su comunidad, atiende una peluquería en su casa y cultiva café de manera artesanal. *“Yo creo que al servir uno a otras personas también sana la parte espiritual. Servir a otros también nos llena. A veces me dicen que cobro muy poquito en la peluquería, pero siempre digo que lo que estoy haciendo es un trabajo comunitario”.*

Gracias a la medicina tradicional indígena, Riosucio y el resguardo Cañamomo Lomapieta son casos exitosos de recuperación de memoria y saberes en beneficio de la salud mental, corporal y espiritual de su población.

Tradiciones arraigadas que se preservan y llevan a la práctica para remediar conflictos y cerrar las heridas para siempre. El tratamiento y la sabiduría ancestral ha funcionado, los ha integrado y sanado, siendo esto síntoma de reconciliación y de no repetición.



CONTACTO

Misión / Colombia

Teléfono: +57 1 6397777

Dirección: Carrera 14 N° 93B-46

Email: iombogota@iom.int